

ANALES DE HISTORIA ANTIGUA, MEDIEVAL Y MODERNA

Volumen 34 – 2001

Versión digital 2013

ISSN 1853-1555 (en línea)

ISSN 1514-9927 (impreso)

Instituto de Historia Antigua y Medieval

Facultad de Filosofía y Letras

Universidad de Buenos Aires

PARA UNA BIBLIOGRAFÍA MATERIAL DE LAS ESCRITURAS ORDINARIAS. LA ESCRITURA PERSONAL Y SUS SOPORTES *¹

JEAN HÉBRARD

EHESS - París

No faltan fuentes para una investigación acerca de los soportes de las escrituras personales. En los fondos manuscritos de las bibliotecas, los archivos públicos o privados, las instituciones dedicadas a la conservación de escrituras “populares” abundan textos autógrafos conservados en su forma original. Sin embargo, en ausencia de una verdadera historia de la elaboración del papel, de su venta y de sus usos², es difícil esperar ir más allá del estadio de las descripciones y entrar en una interpretación de los procesos, de las prácticas, de los gestos que obran en las elecciones y los usos de tal o cual soporte. Lo mismo podríamos decir cuando no son los objetos conservados aquello en lo que nos apoyamos, sino las representaciones que los autores dan de las relaciones que instauran con sus cuadernos o libretas. El lenguaje mismo puede inducirnos al error, tal es así que cada uno, en este campo, tiende a crear su idiolecto y a encerrarse en él. Se hace necesario entonces comprender cómo se socializan las maneras de hablar de la práctica diarista a medida que son publicados los primeros diarios literarios. Así también cuando, en la prensa del siglo XIX (en particular femenina), nacen secciones que dan consejos acerca de las compras a realizar o las maneras de servirse de los objetos ofrecidos por el comercio papelerero, es también un lenguaje

* Traducción: Marta Madero (Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires)

¹ Versión modificada de una comunicación presentada en el *coloquio Récits de vie et médias*, Université Paris X, Nanterre, 1998

² Se comienza a conocer bien la fabricación de los papeles destinados a las prensas de imprimir y sus circuitos de venta (ver, en particular, para el período que nos interesa aquí, Louis André, *Machines à papier. Innovation et transformations de l'industrie papetière en France, 1789-1860*, París, Éditions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales, 1996). No sucede lo mismo con los papeles destinados a la escritura manuscrita puesto que no son utilizados para la copia de libros.

que se fija y se difunde en los medios más pertinentes. Así, si aun es imposible hacer un estudio certero de la evolución de los soportes de la escritura personal, puede ser no obstante útil construir el cuestionario de las fuentes, convocar los restos de información disponibles y cuadrillar un campo que no dejará de ser rápidamente explorado.

La delimitación del campo de las escrituras personales es delicada. Para el historiador, dos aproximaciones pueden entrecruzarse: la que intenta reconstruir la genealogía de la preocupación por sí mismo y acorrala en las primeras formas de escritura personal las menciones de una atención específica del escritor (*scripteur*) a todo lo que emerge de él mismo (los diarios de familia que aparecen en el siglo XV podrían ser los ancestros y el Diario espiritual de Ignacio de Loyola una de las primeras manifestaciones en el siglo XVI); aquella que se centra en la sensibilidad del paso del tiempo y en los esfuerzos hechos por el escritor para construir con ello una representación y una memoria, ya sea que lo haga en ocasión de una fase excepcional de su existencia (diarios de viajes), por razones ligadas a su vida profesional (diarios diplomáticos, diarios militares, diarios médicos) o de una manera más regular (diarios-crónicas, de los cuales los *diari* italianos del siglo XIV son ciertamente las manifestaciones más precoces)³. En el marco de este estudio, la segunda perspectiva se revela más fecunda. En efecto, ella permite considerar la relación de la práctica de la escritura personal con sus soportes como una manera de resolver las contradicciones que nacen de la discontinuidad de un texto que avanza al ritmo de una escritura ocasional (cotidiana) y de la preocupación del escritor por procurarse, a través de la continuidad de este mismo texto, los medios de un manejo del tiempo que pasa, pero también una representación estable de sí mismo.

Si la escritura literaria crea un tiempo específico, el de la ficción que ella produce, si la escritura científica se instala en una discursividad que borra el tiempo (comprendido en ella la del trabajo de composición), la escritura personal debe organizar su relación en el tiempo de una manera específica. En efecto, para no perderse en la alteridad que percibe como un peligro o una amenaza⁴, el sujeto escritor debe distinguir su propia historia (los acontecimientos sucesivos de su vida social o interior) del continuum más o menos organizado de las temporalidades en las cuales está apesado.

El *scriptorium*, luego el taller del impresor debieron construir soportes apropiados para administrar las continuidades narrativas y argumentativas que obran en los libros. Su estudio ha sido objeto de numerosas indagaciones de

³) Seguimos aquí a Élisabeth Bourcier, *Les Journaux privés en Angleterre de 1600 à 1660*, París, Publications de la Sorbone et Imprimerie nationale, 1976. Ver también la tipología propuesta por James Amelang, *The Flight of Icarus, Artisan Autobiography in Early Modern Europe*, Stanford, Ca., Stanford University Press, 1998.

⁴ Uno de los más bellos ejemplos de este esfuerzo es el diario de a bordo de Christoph Colomb que ha dado lugar a numerosos estudios entre los que se debe considerar el de Tzvetan Todorov (*La Conquête de l'Amérique. La question de l'autre*, Paris, Seuil, 1982) y el de Stephen Greenblatt (*Marvelous Possessions. The Wonder of the New World*, Oxford, Oxford University Press, 1991)

historia cultural⁵ y alimenta aún la curiosidad de los investigadores. La escritura personal, abandonada en sí misma, no ha sido beneficiada por una capitalización de las iniciativas desordenadas a través de las cuales los escritores no profesionales intentaron, por su propia cuenta, resolver esos problemas. Ella, en efecto, escapó durante mucho tiempo a la edición (prácticamente hasta el siglo XIX con raras excepciones) y, entonces, a los tipos de puesta en libro que los profesionales impusieron luego a esos textos y que no estuvieron ausentes en sus usos. Articular el tiempo de la escritura y el tiempo social⁶, saber manifestar, más allá de la fragmentación del trabajo escriturario, la continuidad de una historia cercana, de una historia familiar, de una historia de vida o, más tarde, de la historia de una sensibilidad continuaron largamente revelando soluciones “bricolées”, préstamos, iniciativas sin futuro, en resumen, la singularidad de toda escritura personal. El examen de los soportes utilizados por los hombres “sin calidad” que se dedican a la escritura puede permitir esclarecer la evolución de esta sensibilidad a la continuidad del tiempo que pasa y a la permanencia del yo, en la medida en que esas superficies escriturarias, en su diversidad, son también “soluciones” a los problemas que plantea la discontinuidad de la toma de pluma.

1. ¿Hojas o cuadernos? La escritura personal entre continuidad y discontinuidad

¿Hojas o cuadernos? Allí reside quizá una de las primeras cuestiones importantes para plantear a los materiales dejados por los adeptos a la escritura personal. En efecto, en el momento donde aparece el hábito de llevar un diario, desde el siglo XVI, la práctica diarista va a chocar con una dificultad heredada de las antiguas maneras para procurarse los soportes de escritura y de disponerlas para los diferentes usos a los que se las destina. Durante mucho tiempo, es decir hasta al menos el primer tercio del siglo XIX, se compran hojas⁷ a los papeleros y se le confía luego la confección al encuadernador en función del uso y de la conservación que se desea hacer. Numerosos son los objetos conservados que lo testimonian. Así, una colección manuscrita de canciones militares redactada por un soldado del regimiento de Bourgogne en el transcurso del siglo XVIII⁸ y

⁵ Ver en particular Roger Chartier y Henri-Jean Martin, *Histoire de l'édition française*, 4 vol., París, Promodis, 1982-1986, reed. París, Fayard, 1989-1991.

⁶ Esta cuestión está en el centro de dos obras de referencia: Michel de Certeau, *L'Écriture de l'histoire*, París, Gallimard, 1975 y Paul Ricoeur, *Temps et récit*, 3 vol., París, Le Seuil, 1983-85.

⁷ El papel es producido en forma de hojas y es este término el más comúnmente utilizado para evocar los soportes de la escritura manuscrita como la de la escritura impresa. Hoja (*feuille*) designa directamente como el *folium* latino de donde proviene, la hoja del árbol (y sus empleos figurados) y el soporte de la escritura (se recuerda que la sibila escribía sus oráculos sobre una hoja de palma, de donde proviene la traslación). El bajo latín *folia da* sucesivamente *fueille* y *foille* (siglo XII) luego *feuille* (siglo XIII). *Fueil* designa precisamente un tozo de papel rectangular desde el siglo XII y el empleo del sintagma *feuille* de papel se registra en el siglo XV. El diminutivo *foillet* es empleado desde el siglo XII para designar una hoja pequeña de papel; deviene *foillet* a partir del siglo XIV y designa entonces cada parte de una hoja plegada en sí misma. El latinismo *folio* (ablativo de *folium*) se acuñó en el Renacimiento para designar el mismo objeto cuando ha sido utilizado en el marco de la copia de un manuscrito (tomado del *Dictionnaire historique de la langue française*, París, Le Robert, 1992).

⁸ Colección personal

compuesta de quince cuadernos in-octavo sin ninguna página en blanco, ha sido bien encuadernada en pergamino después de haber sido escrita, ya que el encuadernador repetidas veces rebajó líneas de texto al terminar su trabajo. Cuando el objeto responde a un uso más banal, por ejemplo un uso escolar, se conforma con coser las hojas ya plegadas como lo testimonia detalladamente la *Conduite des écoles chrétiennes* de Jean-Baptiste de la Salle⁹. El soporte puede así ser utilizado hoja a hoja antes de ser confeccionado como cuaderno o, por el contrario, después de confeccionado cuando ya está ensamblado. No es inútil señalar que la mayoría de las representaciones de hombres escribiendo ofrecidas por la pintura a partir del Renacimiento hasta fines del siglo XVIII muestran la relación del escritor con la hoja más que con el cuaderno. Es el caso, por ejemplo, del retrato de Erasmo conservado en el Louvre que pintó Hans Holbein-le-Jeun hacia 1523. Esta representación del acto de escritura refiere quizá a la imposición de la imagen de los copistas y de los notarios medievales que siempre han preferido trabajar sobre hojas separadas más que sobre cuadernos o registros ya ensamblados. La práctica, ella misma, podría haber subsistido entonces hasta que se transformaran profundamente las modalidades de escritura.

Los paleógrafos han abundantemente descrito el trabajo del copista cuando, en el scriptorium, el pergamino se sustituye al papiro; luego cuando el papel, venido de China por la vía de la expansión árabe, entra en competencia con las vitelas mejor curtidas. A diferencia del rollo de papiro, en uso hasta el siglo VII¹⁰, que era apoyado sobre las rodillas y enrollado (con la mano izquierda) a medida que progresaban las sucesivas columnas del texto (de izquierda a derecha), la piel del pergamino o la hoja de papel¹¹ de formato cuadrado o rectangular pueden trabajarse plegadas en dos y apoyadas en un escritorio. Según se escriba en una hoja aislada para redactar una carta por ejemplo (escritura documentaria) o en una sucesión de hojas para copiar un manuscrito (escritura libraria), el escriba debe organizar el espacio gráfico de manera más o menos compleja. En efecto, cuando el libro deja de ser un rollo (volumen) y se torna un conjunto de cuadernos (*codex*), es necesario prever, en el momento en que se organiza la hoja (delimitación de los espacios de escrituras, trazado de líneas que permitan una buena progresión del gesto) que ésta será luego plegada en dos, cuatro u ocho para formar el cuaderno de cuatro, ocho o dieciséis páginas que, ensamblado a los otros cuadernos por el encuadernador, constituirá el libro.

A. Daim describe la utilización por el copista de un *quaternio* -así es como se designa un cuaderno- de cuatro hojas en el cual se combinan el hábito de no trabajar sino sobre semi-superficies y la imposición necesaria para su realización:

⁹ “No se debe permitir que ningún alumno traiga papel que no sea cosido ni plegado en cuatro” (*Conduite des écoles chrétiennes*, IV,2,5)

¹⁰ Solo la cancillería pontificia logra evitar el bloqueo instaurado por los árabes a la exportación de papiros algunos años después de la conquista de Egipto en el 639. Las cartas pontificias continúan siendo escritas exclusivamente en papiros hasta el siglo XI.

¹¹ El papel, tomado en préstamo por los árabes de los chinos, cuando la toma de Samarcanda en el 751, se difunde en las scriptoria y las chacillerías del mediterráneo occidental a partir de España en el transcurso de los siglos XII y XIII. Los primeros molinos de papel españoles funcionan cerca de Valencia desde el siglo XI pero no llegan a Francia sino a mediados del siglo XIV (cerca de Troyes y, en región parisiense, en Essonne).

“No es sino después de haber escrito en el recto y en el verso sobre la primera parte de los cuatro pliegos de un *quaternion* que se retomarán esos mismos pliegos y que, siguiendo el orden inverso, se cubrirá con escritura la segunda parte hasta allí dejada en blanco”¹². La iconografía muestra que este hábito de redactar sobre una hoja plegada se conservó durante mucho tiempo, comprendida en él prácticas mucho más cotidianas y no profesionales como las epistolares. Es el caso, por ejemplo, todavía en el siglo XVII, en la pintura de Vermeer y en la de la mayoría de los maestros holandeses, pero también, más tarde, en Fragonard o, más próximo a nosotros incluso, en David¹³.

Sin embargo, la articulación entre la práctica, el género escriturario del diario personal y el soporte que lo recibe se constituye en torno de una exigencia, la de la continuidad textual, que parece descartar a priori el uso de hojas separadas. Esta asociación de momentos sucesivos de la escritura puede ser asegurada de muchas maneras. A nivel del soporte, como lo hemos visto, se puede asegurar que las hojas no serán desordenadas encuadernando entre sí las que han sido utilizadas, ya sea que esta operación se haga antes de la escritura, en el momento de la compra del soporte (libreta, cuaderno, registro, etc.), o después de la escritura, confiando las hojas redactadas al arte del encuadernador (será necesario, en ese caso, como en el taller de impresión, no olvidar constituir un sistema de reparación de la sucesión de los cuadernos ajustados). A nivel de la puesta en página, una numeración de los pliegos (foliación) o de las páginas (paginación) puede evitar la encuadernación o completarla reforzando la continuidad textual en la duración; la numeración de los cuadernos, libretas o registros sucesivos asegura el pasaje de una unidad material a la otra e instaura una clasificación en el mueble encargado de conservar los objetos (escritorio, biblioteca, etc.). A nivel de la puesta en texto, la datación de las notas sucesivas aporta una información esencial pero acomoda también la continuidad permitiendo manifestar las eventuales rupturas de escritura, incluso las pérdidas de partes del manuscrito. Ella mantiene con la paginación una relación compleja que entrelaza dos continuidades –una temporal, otra escrituraria- y permite un juego sutil entre el acontecimiento de la escritura y la permanencia del escritor-autor.

¿Cómo los escritores no profesionales, los escritores no letrados y, más tarde, los adeptos al diario íntimo lograron conquistar, contra los hábitos de los escribas, el uso de la escritura en los soportes ya constituidos en cuadernos o registros? Existe la tentación de responder a estas cuestiones de dos maneras. Por una parte recobrando los momentos donde aparecen en el lenguaje mismo los usos de los diferentes términos que designan los ensamblados de hojas ofrecidos a la escritura, por otra parte indagando si otras prácticas profesionales no han introducido, paralelamente en el mundo de los escribas (ya sea provenientes del *scriptorium* o de la chancillería), otros modelos u otros medios de resolver esta dificultad.

¹² A. Din, *Les Manuscrits*, París, Les Belles Lettres, 1949, tercera ed., 1975, p. 26.

¹³ *L'esprit de la lettre dans la peinture*, París, Skira, 1967.

2. El veredicto de los diccionarios

La invención de Gutenberg contribuye a redefinir el complejo campo de los profesionales de la escritura. Hasta allí, las chancillerías y los talleres de copia de libros reunían lo esencial de los hombres de pluma. A partir del siglo XV, los negociantes, pequeños y grandes, instauran un nuevo orden escriturario centrado en el uso de escrituras más rápidas¹⁴, con el empleo de lenguas vernáculas más que del latín, con el uso asiduo de la correspondencia y de la contabilidad. Un siglo más tarde, el desarrollo de los poderes judiciales agrega en las administraciones de la Iglesia o del Estado una multitud de oficios donde toda una jerarquía de funcionarios de la escritura (las golillas) “trasladan” y “expiden” los actos jurídicos tornados obligatorios de una vida cotidiana cada vez más enmarcada por la escritura. Al mismo tiempo, la universidad se duplica de la red de colegas que incorporan cada vez más precozmente jóvenes clérigos que esperan usar sus competencias escriturarias y técnicas al servicio de las instituciones que hacen de ellas un uso cada vez más importante. Así, a partir de fines del siglo XVI, los saberes y las destrezas de la escritura son ordenados en torno de tres polos constitutivos de culturas específicas: las administraciones civiles, religiosas y jurídicas, el mundo de los mercaderes, el mundo escolar. Estos tres polos son, cada uno por su parte, susceptibles de proporcionar a los escritores ordinarios¹⁵ los modelos que necesitan.

2.1. El estado del léxico a fines del siglo XVII: preeminencia de la cultura mercantil

El Dictionnaire universel de Antoine Furetière¹⁶ da la ocasión de un primer sondeo a fines del siglo XVII. Buscando cómo allí es tratada la terminología técnica de la papelería, es posible ver de qué manera se constituyen los usos y las costumbres de aquellos que compran los materiales de los cuales se sirven y el modo en que se van a inscribir en las culturas de los diferentes profesionales de la escritura manuscrita.

Una primera constatación se impone: las palabras *cahier* (cuaderno) y carnet (libreta) tienen un lugar limitado en el campo semántico de los soportes de escritura. El primero (en esta época escrito “*cayer*” más que “*cahier*”) remite a cuatro tipos de objetos diferentes. Ante todo, una unidad de venta de los papeleros minoristas: “varias hojas ligeramente atadas y que no son encuadernadas juntas de suerte que se las puede quitar o traspolar como se quiera. Este mercader vende el *cayer* de pergamino tanto. Esta palabra viene de *quaternu* que se dice por *quaternio*”¹⁷. El cuaderno de papel supone entonces un uso hoja a hoja (como se hace actualmente de un bloc de papel de cartas) o una confección anterior o posterior a la escritura (encuadernación). El segundo sentido señalado por

¹⁴ Armando Petrucci, “Pouvoir de l’écriture dans la Renaissance italienne”, *Annales E.S.C.*, 43, 1988, pp. 823-847

¹⁵ El siglo XVI es también el momento privilegiado de la difusión de las competencias escriturarias en los medios no profesionales. Acerca de este tema, para Francia, ver Natalie Z. Davis, *Les Cultures du peuple. Rituels, savoirs, résistances au XVIe siècle*, París, Aubier, 1979.

¹⁶ De la reimpresión de la edición de 1690 (*Dictionnaire universel d’Antoine Furetière*, La Haye, Rotterdam, 1690)

¹⁷ Hemos modernizado la ortografía de las definiciones.

Furetière remite al lenguaje de los impresores (“Se dice también de las hojas más o menos atadas que componen un libro encuadernado. Este volumen es en tanto de *cayers*. . .”). El tercero nos lleva al mundo de las escrituras administrativas o jurídicas donde designa una unidad textual manuscrita que especifica su contenido y le da más fuerza: “*Cayer* significa más memorias que se dan separadamente. Estos artículos están en un *cayer* aparte. . .”. El último uso de la palabra nos introduce en las prácticas del colegio y de la universidad: “*Cayer* son también los escritos que los escolares escriben bajo la dirección de su maestro en filosofía, teología y en toda otra ciencia que se da en las escuelas. Un escolar debe representar sus *cayers* a su maestro para obtener una nota de su tiempo de estudios”. Si el término remite entonces a tres culturas distintas de la escritura (el taller de impresión, las secretarías administrativas o jurídicas, el colegio), designa sobre todo la modalidad más frecuente de venta de papel para escribir.

La libreta (*carnet*) parece ser en el siglo XVII aún, un objeto muy particularizado. Furetière le da una sola definición: “*Carnet*: término de negocio, es un pequeño libro que lleva un mercader de todas sus deudas pasivas, y del día que deben ser pagadas, que es un extracto de sus libros de compra, a fin de que no falte dinero para los pagos y en tiempo de mala venta”. Entramos allí en un tercer campo social de las escrituras manuscritas: el de las escrituras contables, obligatorias en Francia por la ordenanza del Parlamento de 1667. La libreta no es entonces un soporte de escritura sino más bien un tipo de escritura mercantil específica. No es más que uno de los libros que los comerciantes y los artesanos deben llevar.

Es pues el término “libro” el que funciona en el espacio comercial. El tratamiento particularmente cuidado que hace Furetière de esta entrada de su diccionario lo testimonia. Después de haber detallado el uso literario del término (el “libro” es ante todo, para él, una obra del espíritu) y su sentido particularizado (en el lenguaje de los copistas y de los impresores), Furetière consagra varias definiciones a los usos que se tiene de este término en el comercio y en la administración: “Libro: Dícese abusivamente de los registros de mercaderes, banqueros, escribanos forenses y otras personas donde no hay ninguna mención de literatura. Se enseña a los diferentes mercaderes a llevar los libros de cuenta, libros de doble entrada, de debe y haber, es lo que pueden aprender en el libro del Parfait Négociant de Savari”¹⁸.

El término genérico exacto podría entonces ser “registro” que, desde fines del siglo XIX, habitualmente se utiliza para designar los grandes cuadernos encuadernados que pueden estar consagrados a múltiples usos. De hecho, Furetière se contradice a sí mismo ya que, en la definición rápida que da de este

¹⁸ La referencia a Jacques Savary muestra que la tradición de la cultura mercantil nacida en las villas italianas y de la Hansa a partir del siglo XIV está todavía particularmente presente en el espíritu de los hombres del siglo XVII. Acerca de esta cultura de los mercaderes, ver Jean Hébrard, “La escolarización de los saberes elementales en la época moderna”, *Histoire de l'éducation*, 38, Mayo 1988, pp. 7-58 [tr. Port. : “A escolarização dos saberes elementares na época moderna”, *Teoria & Educação*, 2, 1990, pp. 65-110] y “Des écritures exemplaires: l'art du maître écrivain en France entre XVIe et XVIIIe siècle”, *Mélanges de l'École française de Rome, Italie et Méditerranée*, 107, 2, 1995, pp. 473-523, donde se encontrará una abundante bibliografía [tr. Port. Belo Horizonte, Autêntica].

término, hace de registro una palabra que designa un objeto muy particular perteneciente sólo al campo de las escrituras administrativas (“Registro: Libro público que sirve para guardar memorias, o actos o minutas para la justificación de varios hechos que serán necesarios luego. Los registros de un banquero, el registro de la prisión deben estar numerados y rubricados de mano del juez”). Notamos sin embargo que, haciendo esto, introduce una noción importante: la continuidad del registro (numeración de las páginas y, entonces, posibilidad de controlar que ninguna página sea arrancada) puede ser asegurada en algunos casos por la autoridad judicial. Registro remite entonces, en definitiva, a libro que parece ser el término más general para designar, en el siglo XVII, todo conjunto de hojas destinadas, en este caso, a la escritura manuscrita. La continuidad del soporte gráfico de una página a otra (la tercera dimensión del codex¹⁹) adquiere, en este objeto, una importancia totalmente particular.

Los diferentes “libros” que debe tener el comerciante son extensamente detallados por Furetière: “La Ordenanza quiere que los mercaderes tanto mayoristas como minoristas lleven un libro que contenga todo su negocio. Sus libros deben estar rubricados y numerados por uno de los jueces cónsules, aquellos que deben dar fe en justicia. Los mercaderes deben tener regularmente nueve libros. El primero titulado libro de compra, que debe estar rubricado. El segundo es el extracto del primero que se lleva en débito y crédito. El tercero es un libro diario, donde se debe escribir toda la mercadería que se vende por día a crédito. El cuarto es un extracto de aquél en débito y crédito. El quinto es un libro de venta al contado. El sexto es un libro de dinero pagado tanto de los comerciantes como de los gastos de la casa. El séptimo es un libro de caja que se debe llevar también en débito y crédito. El octavo es un libro de número, también llevado en débito y crédito, para conocer la cuenta de toda la mercadería que se ha comprado y vendido durante el año. El noveno es un libro de tintura”. Entre estos múltiples tipos de escritura contable, dos deben llamar nuestra atención: “el libro diario” y el “libro de dinero pagado”. El primero, en efecto, es el objeto que, por deslizamientos sucesivos, ha dado su nombre a la escritura contable de los signos de la gracia divina en los diarios espirituales del siglo XVII, de los cuales el “diario íntimo” es un último avatar. Furetière permite una vez más verificarlo. En la entrada Diario, él escribe: “Memoria de lo que se hace, de lo que sucede cada día” y ejemplifica su definición remitiéndola a la vez a “el hombre de orden” y al “mercader”. Si uno y otro son considerados por confiar su contabilidad en el “papel diario” para el primero, en el “libro diario” para el segundo, no se puede olvidar que “lo que se hace” y “lo que sucede” en una jornada excede obligatoriamente la esfera estricta de los intercambios monetarios.

El “libro de dinero pagado”, mezclando las cuentas del negocio y las de la casa, abre la vía a un desplazamiento de las escrituras profesionales hacia las escrituras domésticas o personales y contribuye así a crear una nueva escritura

¹⁹ Contrariamente al volumen o a la piedra que son soportes gráficos bidimensionales, el codex, con su sucesión de cuadernos impuestos, es una superficie tridimensional (la tablilla de cera podía ya, en ciertos casos, prefigurar esta tercera dimensión por el conjunto de varias planchas). El hipertexto ofrece hoy a la escritura un espacio pluridimensional en derecho indefinidamente complejizable.

contable en un dominio donde ella no está jurídicamente encuadrada. Para Furetière, el “libro de razón” es la forma más neta ya que no forma parte de la lista de los nueve registros exigidos sino que puede pertenecer tanto al comerciante concienzudo como al “buen amo de casa”: “Libro de razón es un libro en el cual un buen amo de casa, o un mercader escribe todo lo que recibe y gasta para darse cuenta y razón a sí mismo de todos sus negocios. Los comerciantes llevan también este libro en débito y crédito, que no es sino un extracto de los otros libros.” Dar razón de sus gastos o dar razón de su vida son actos próximos y que progresivamente se confunden. El espacio gráfico del registro en partida doble se revela un lugar en el cual el orden de pago estricto ofrece múltiples posibilidades para “poner en orden” los actos dispersos de la existencia.

2.2. El estado del léxico a fines del siglo XIX: hacia una banalización de los soportes de la escritura manuscrita

Dos siglos más tarde, el inventario relativo al léxico de los términos asignados a los diferentes soportes de la escritura tal como Paul-Émile Littré²⁰ los propone en su *Dictionnaire de la langue française* introduce a un universo nuevo. Dos constantes se imponen a la lectura de los artículos libro, cuaderno, registro, libreta, diario. Por una parte, los términos especializados del negocio que ocupan en el siglo XVII el lugar central han experimentado una gran regresión, por otra parte su uso en la lengua se ha vuelto menos técnico y permite deslizar más fácilmente los usos profesionales a los usos ordinarios.

La entrada libro, por ejemplo, aun más importante que en Furetière, lo testimonia con claridad. Es la rúbrica destinada a explicitar el término en su materialidad de *codex* manuscrito o impreso (“reunión de varios cuadernos de páginas manuscritas o impresas”) que ocupa el primero y más grande lugar. Ella permite explorar, con muy numerosas citas, la mayoría de los tipos de libros. Sus usos figurados (rúbricas 2 y 3) refuerzan lo simbólico del objeto instalándolo en los espacios religioso y metafísico. El segundo conjunto de definiciones concierne al texto contenido en el libro (“obra de espíritu, sea en prosa sea en verso, de una extensión bastante grande para hacer al menos un volumen”) y explora todos los géneros posibles. No es sino en décima posición que una rúbrica es finalmente consagrada a los libros de mercaderes (“registro en el cual se inscribe lo que se recibe y lo que se gasta”) y que se dan algunos ejemplos (libro de cuenta, libro de gasto, libro de fondos y de ingresos, libros de comercio, libros de caja, etc.) La tipología permanece bastante confusa y entrelaza sentidos propios y sentidos figurados. Las operaciones verdaderamente propias del negociante no aparecen sino en ocasión de la explicitación de la expresión “lleva los libros”. Dos subentradas específicas de la rúbrica general simplifican la terminología de Furetière devolviéndola a la oposición de dos tipos de registros: el libro diario y el libro mayor o libro de razón (“Libro diario, o, simplemente, diario, registro donde se escribe día por día y de corrido lo que se ha recibido o pagado./ Libro de extracto, o libro mayor, o, algunas veces, libro de razón, libro donde se registran y clasifican los artículos del libro diario.”) En dos líneas Littré ofrece subrepticamente el léxico

²⁰ Paul-Émile Littré, *Dictionnaire de la langue française*, París, Hachette, 1877, a partir de la edición del Cap, Monte-Carlo, 1971.

de base de una tipología de las escrituras crónicas personales: el “diario” es el soporte de una escritura cotidiana que registra sin esperar los acontecimientos (aquí comerciales) de una jornada; el “libro de razón” los ordena fuera de tiempo según un orden que da cuenta de la pertenencia de estos mismos acontecimientos a las acciones específicas (aquí del negocio). El desplazamiento hacia las escrituras personales puede ser operado sin dificultades. Es explícito para “diario”: “relación día a día de lo que sucede o sucedió.(A la noche, antes de acostarse, nunca dejaba de escribir en un diario (lo que continuó toda su vida) el detalle de lo que había escuchado o visto de mayor interés en el curso de la jornada.(Genlis, Veilléés du Château, tomo 3, p. 12)”. Permanece implícito para “libro de razón” que no tiene derecho a la entrada libro y a la entrada razón sino en su acepción técnica y no es jamás presentado como libro de escritura personal²¹.

Lo mismo sucede respecto de libreta que conserva aún su significado comercial (“pequeño libro de cuenta portátil) pero adquiere de manera ambigua el sentido de soporte para una toma de notas (“para recoger notas”) sin que se sepa verdaderamente si esta acepción vale solamente para el dominio de las escrituras contables o se extiende a todas las escrituras.

El término “registro” se enriqueció mucho después de Furetière. Designa en lo sucesivo, de manera corriente, los soportes de numerosos tipos de escrituras administrativas y mercantiles²². Sin embargo, ganando en extensión, se volvió más “material” en comprensión (“libro donde se inscriben los actos, las ocupaciones de cada día”). Además, esta banalización está acompañada de una pérdida de sus funciones simbólicas: “Llevar registro de algo” no es más, como en Furetière, “registrar” en el sentido de dar prueba, sino simplemente “escribir algo en un registro”. Está así listo a sustituir “libro” para designar los cuadernos de gran formato susceptibles de acoger todos los tipos de escritura que exigen una cierta continuidad.

La entrada cuaderno queda como aquella que conoce el mayor desplazamiento y nos conduce a revisar la idea que el campo del negocio sea, de manera durable, el principal origen de las escrituras personales de tipo crónica. En tanto que en Furetière el uso escolar llegaba como fin de rúbrica, es aquí inmediatamente dado después que el sentido original (“Conjunto de varios folios de papel o de pergamino reunido”) bajo la forma: “Cuadernos de un curso, lecciones de un profesor puestas por escrito”. Las acepciones que siguen revelan más de lo político (“Memorias dirigidas al soberano”), de la administración (“Cuaderno de cargas, estado de cláusulas y condiciones de una adjudicación pública”) o jurídico que del negocio, e incluso son señaladas como anticuadas.

En definitiva, Littré consagra pocas líneas de su diccionario a las escrituras personales. Esto es tanto más asombroso cuanto que hemos tomado el hábito de

²¹ Esto permite desde luego suponer que los innumerables “libros de razón” relevados en las colecciones públicas y que llevan explícitamente este título son percibidos hasta fines del siglo XIX como libros de cuentas y no como libros de escritura personal incluso si, de hecho estos últimos vienen a completar las escrituras contables. Se ve que no es lo mismo para “diario” que ya ha encontrado su autonomía.

²² Se puede sin embargo constatar que los tipos de escritura administrativa lo llevan ahora más extensamente sobre los tipos de escritura mercantil.

considerar que el siglo XIX desplaza la tradición de “diario”²³ hasta entonces concebida como crónica (crónica del mundo o crónica de sí mismo) hacia la de “diario íntimo”²⁴. Es necesario constatar que este desplazamiento no es aun lo suficientemente fuerte para ser considerado por el lexicógrafo como un uso estable de la lengua. En cierta forma, se contenta con registrar la tradición mercantil y recordar que el “diario” y el “libro de razón” pueden deslizar las escrituras del negocio a otras escrituras. Por el contrario, confirma la presencia en el espacio profesional y doméstico de numerosos soportes de tipo codex ofrecidos a todos los tipos de escritura. En realidad, neutraliza el léxico profesional y libera, para los usos más cotidianos, las palabras “libreta”, “registro”, “cuaderno”. Además, da a esta última un lugar central en el vocabulario de fines del siglo XIX y confirma el peso de su uso escolar. Es en el cuaderno que el escolar aprende a escribir y el cuaderno sigue siendo un soporte de escritura susceptible de usos variados.

3. El veredicto de los objetos: fuentes “mercantiles” y fuentes “escolares” de la escritura personal

Existe un segundo tipo de materiales para esclarecer la manera en que los escritores no profesionales se han apoderado de soportes de escritura para dedicarse a su pasión y resolver los problemas de continuidad/discontinuidad planteados por el diario personal: son las superficies de escrituras en sí mismas, tal como son conservadas en las colecciones públicas o privadas. El marco relativo al léxico fijado, se hace posible de examinar sin riesgos de anacronismos. Los investigadores que han trabajado sobre las escrituras personales han intentado, la mayoría de ellos, encontrar en estos fondos las formas nacientes de la escritura de sí mismo. Así han privilegiado, de entrada, las formas más singulares y entonces las menos normadas de la escritura manuscrita. Aquí conviene, al contrario, examinar la manera en la que las “culturas gráficas” de los medios profesionales eligen (o inventan) soportes específicos y estructuran modos de escritura adaptados a sus funciones. En un segundo momento, será posible ver cómo los escritores, cuando quieren llevar una crónica o un diario, se apoderan y los modifican según su uso.

3.1 El orden de las escrituras en el mundo mercantil: borradores, diarios, libros de razón

Furetière nos conduce a imaginar que las primeras escrituras personales corren el riesgo de ser situadas del lado de la tradición mercantil más que del lado de la tradición administrativa. Es lo que confirma Élisabeth Bourcier, quien ha estudiado los diarios privados en la Inglaterra puritana de fines del siglo XVII y que a propósito escribió: “Por más paradójal que pueda parecer [. . .] el libro de cuentas es el ancestro directo del diario religioso que, a veces, toma la forma de un libro por partida doble. Después de haber rendido cuenta cotidianamente de

²³ Esta tradición está bien afianzada en la lengua del siglo XVII.

²⁴ El término no está presente, en Littré, ni en la entrada “diario”, ni en la entrada “íntimo” en tanto que el *Dictionnaire historique de la langue française* (op.cit.) lo señala como atestado en la lengua desde fines del siglo XVIII (1780).

sus gastos y de sus actos, uno se siente llevado a rendir cuentas a Dios, a anotar lo que, en la perspectiva del juicio divino, constituye un activo y un pasivo, detallar día a día, sus actos y sus pensamientos”²⁵.

Las escrituras mercantiles son relativamente bien conocidas, por una parte, porque dejaron numerosos testimonios (las cuentas son objetos que se archivan), por otra parte porque ellas han sido precozmente estructuradas y normadas a través de múltiples “libros de mercader” que describen el arte y la técnica. Estas obras, en su origen, son compilaciones de diferentes tipos de instrumentos necesarios para el registro de cuentas, en las transacciones financieras, para la correspondencia, en el cálculo aritmético, para el conocimiento de lenguas extranjeras, que cada gran familia de negociantes constituye según sus usos y enriquece generación tras generación. Se encuentran en Italia (particularmente en Venecia donde parece constituirse una primera ciencia de la contabilidad, el “mundo de Venecia”) pero también en las villas de las ligas hanseáticas de Europa del norte²⁶. Redactadas, las más antiguas, a partir del siglo XIII, permanecen largo tiempo manuscritas y secretas. Sin embargo, algunas de ellas acceden a la impresión en el siglo XVIII. Es el caso de la más célebre, la *Pratica della Mercatura* escrita por Francesco di Balduccio Pegolotti que trabajaba para los Peruzzi en Framagouste, en Bruges y en Londres y, quizá, para los Bardi en Florencia²⁷. A partir del siglo XVI, los contadores de las grandes empresas comerciales que circulan de una empresa a otra, hacen aparecer tratados²⁸ en los que exhiben sus méritos y difunden las nuevas técnicas de contabilidad, en particular la contabilidad por “partidas dobles” que permite tener un conocimiento preciso del patrimonio del mercader frente a sus socios, pero también de la situación de sus socios en las transacciones que desarrollan con él. Es el caso de Luca Pacioli para Italia (cuyo tratado aparece desde 1494), de Joann Gotlieb para Alemania (1531 y 1546), de Jehan Ympyn para Anvers (1536), de James Peele para Inglaterra (1553), de Pierre Savonne para Francia (1567), de Bartolomé Salvador de Solórzano para España (1590), de Simon Stevin para Holanda (1607), etc. En Francia, es en el siglo XVII que estos tratados se multiplican. El más conocido (está citado por Furetière) es el que redacta Jacques Savary en 1675 bajo el título *Parfait négociant*. Su autor trabajó junto a Colbert para preparar la gran ordenanza de 1673 sobre el comercio.

Desde esta época, la teneduría de libros de contabilidad²⁹ se organiza en torno de tres registros: el libro de asientos, el diario y el libro mayor. El libro de asientos llamado también “borrador” está a disposición de todos los que (familia,

²⁵ Élisabeth Bourcier, *Les Journaux privés en Angleterre de 1600 à 1660*, op.cit. p. 30.

²⁶ Si el “mundo de Venecia” privilegia las escrituras contables que permiten al mercader tener una clara visión de su negocio (contabilidad patrimonial), la “contabilidad de corredor” que se desarrolla en Europa del norte da más bien el punto de vista de la persona a quien se ha delegado una parte de los negocios (el “corredor”) a su comitente. Ellas se parecen mucho sin embargo y adoptan una y la otra la contabilidad por partidas dobles.

²⁷ Reedición de A. Evans, Cambridge, 1936.

²⁸ *La Comptabilité à travers les âges, Exposition à la Bibliothèque royale Albert 1er*, Bruxelles 3-8 novembre 1970, intr. Por el Prof. Raymond de Roover, cat. Redactado por Ernest Stevelinck, Bruselas, Biblioteca real Albert 1er, 1970.

²⁹ Raymond de Roover, op.cit

criados) trabajan en la oficina. Toda persona que efectúe una transacción o una operación comercial debe inmediatamente inscribirla allí. El jefe de familia (o quien haya sido designado para ese trabajo) transcribe en el diario las anotaciones del borrador. Lo hace según las reglas de contabilidad en el orden estricto de las operaciones y en la fecha correspondiente. Toda escritura transcripta es tachada en el borrador. Paralelamente, la misma escritura es retomada en el libro mayor, pero esta vez es distribuida según la lógica de éste de manera que permita una visualización clara de todas las situaciones contables de la empresa. Por ejemplo, la venta de un producto modifica la cuenta de un cliente (quien debe el valor), pero también la cuenta comercial ya que el valor de lo que hoy se llama stock ha disminuido otro tanto. A medida que el tamaño de las empresas aumenta y que la repartición del trabajo se hace más compleja, el libro mayor ve crecer sus funciones y se redistribuye en una multiplicidad de registros (libros auxiliares) que esclarecen las actividades de cada uno: el cajero lleva un libro de caja, el almacenero lleva un libro de facturas, etc. Fuera de la actividad contable, otros registros juegan también un rol importante. Es el caso de las libretas de pago (o “libretas de feria”) que el comerciante lleva consigo en sus desplazamientos para discutir los pagos a hacer o a recibir cuando se encuentra con sus socios. La “libreta de viaje” es una extensión de aquélla. Contiene a menudo el itinerario previsto y los contactos que serán hechos en cada etapa, un libro de caja que permite administrar la suma llevada encima así como las cobranzas efectuadas en el transcurso de la ruta, una cuenta de mercaderías para registrar las compras o las ventas hechas. El “libro para copiar las cartas” permite conservar una copia de la correspondencia enviada.

Resumiendo, el espacio gráfico comercial se caracteriza esencialmente por la puesta en correspondencia de los soportes de escritura. Conectados entre ellos, constituyen un continuum homogéneo que responde tanto a las lógicas del tiempo (libro de asientos, diario) como a la de la razón (libro mayor) o incluso a las de la división del trabajo (libros auxiliares). Ofrece, muy precozmente, las múltiples vías de acceso a la traducción, por la escritura, de la complejidad del mundo. Permite también localizar las técnicas sutiles de cambio de los puntos de vista que, por una misma operación, ofrecen diferentes visiones de la misma realidad.

Los tratados de contabilidad del siglo XVI dan frecuentemente detalles sobre los modos de organización y sobre los soportes convenientes a cada tipo de escritura. Es el caso de Luca Pacioli quien, en el sumario de la tercera parte de su *Summa de arithmetica, geometria, proportioni & proportionalità*³⁰ propone enseñar a “saber llevar con diligencia un quaderno [el libro mayor] con su giornale y su libro de asientos” según el “modo de Venecia”. Y agrega: “Se verá incluso el modo de hacer el balance de un libro mayor; como en el Debe y el Haber se mencionan los puestos; los dos términos empleados en el diario Par y A y lo que significan; el modo de pasar los artículos en el diario con dos líneas, una en el débito, la otra en el crédito; la manera de llevar en el margen del diario los números de los folios del libro mayor donde figuran los deudores y los acreedores, mediante lo cual se podrá rehacer el libro mayor si se hubiera perdido, con exactamente la misma cantidad de folios; al final del tratado, un sumario de todas las escrituras”. Con

³⁰ Vinegia [Venecia], *Paganino de Paganinis*, 1949, op. Cit., noticia 12.

Pacioli, el codex de los mercaderes se volvió tan complejo como el codex de los sabios.

Pierre Savonne da, él también, numerosos consejos en su *Instruction et manière de tenir livres de raison ou de comptes par parties doublés*³¹: organizar la contabilidad de manera tal que cada hoja no concierna más que a un cliente a la vez con el fin de, al hacer verificar una escritura a alguno de ellos, no divulgar los secretos de otras transacciones; utilizar un registro largo y estrecho (el “larguillo”) como libro de asientos para economizar el papel destinado a las anotaciones rápidas (una líneas cortas alcanzan), registros más bien cuadrados para el diario y el diario mayor que permitan disponer de una cantidad suficiente de columnas en cada página.

Solorzano es aún más preciso en su *Libro de caja y manual de cuentas de mercaderes, y otras personas* [. . .]³². El libro diario debe tener quinientas hojas de gran formato y el libro mayor cuatrocientas de formato “papel de marquilla”. El papel debe ser blanco y liso, la tinta de buena calidad a fin de que la inscripción permanezca indefinidamente legible. La encuadernación debe asegurar la perennidad de un objeto a menudo manipulado; debe también permitir distinguir a primera vista los diferentes tipos de libros. Se cubrirá pues el diario de becerro y el libro mayor de pergamino. Los márgenes serán rayados con tinta roja que dura más tiempo. El libro de caja debe ser largo y estrecho con una cubierta de pergamino. Para los banqueros, Solorzano recomienda guardar cuidadosamente las órdenes escritas y firmadas de sus clientes que son el fundamento de su contabilidad y, sobre todo, no conservarlas en ganchos para colgar papeles “que ensartan los billetes como papeles de farmacia”, no dejar a los niños jugar con ellas o incluso no abandonarlas en los sótanos o graneros donde son presa de las ratas.

Poseemos casi la totalidad de los archivos contables del editor Christophe Plantin después de la creación del taller en 1555 hasta 1876. Los más interesantes para nuestro propósito son ciertamente los que provienen del período en el que se asoció con Corneille y Charles van Bomberghen (mercaderes de Anvers de la familia de Daniel van Bomberghen, impresor en Venecia), así como con el médico Joannes Goropius Becanus y Jacob de Schotti, primo de Corneille van Bomberghen. Es Corneille quien se encarga de la contabilidad de la empresa durante los cinco años que dura la asociación. El conoce perfectamente el “modo de Venecia” y lo aplica según los principios mismos de Pacioli. Es sin embargo Christophe Plantin quien continúa llevando personalmente un diario y un libro mayor según los métodos más tradicionales. Ellos sirven de libros de asiento a Corneille, quien retoma todo en un libro mayor y un diario llevado en italiano y por partidas dobles. Numerosos libros de extractos han sido conservados: libro de proveedores de papel, libro de imprenta, etc. Cuando la asociación con los Van Bomberghen llega a su fin en julio de 1567³³, Christophe Plantin retoma sus hábitos y se contenta con un diario y un libro mayor. Este será el “método” de la oficina que permanecerá hasta el siglo XIX. Esta mezcla de tradición y modernidad

³¹ Anvers, en Christophe Plantin, 1567, op.cit. noticia 17.

³² Madrid, Pedro Madrigal, 1590, op.cit., noticia 19.

³³ Los Van Bomberghen, calvinistas, fueron obligados a huir el año precedente.

es ciertamente la realidad del modo de llevar libros tanto de los grandes como de los pequeños negociantes. Su cultura de las escrituras contables permanece así perfectamente apropiada y permite, según los momentos, ofrecer los servicios de verdaderos profesionales o, por el contrario, retornar a las prácticas más corrientes que, en ese medio, cada uno aprende a conocer desde la adolescencia³⁴.

El rango en la jerarquía social del negocio puede marcarse por el tipo de soporte utilizado. Parece que los registros de las grandes empresas comerciales de Flandes y de los Países Bajos han sido fabricados especialmente por los papeleros y los encuadernadores para este uso según procesos específicos. El catálogo de la exposición de Bruselas describe así la técnica: "Los cuadernos no están cosidos sobre sus nervaduras, sino sobre correas; éstas están fijadas en el lomo, y sobre una parte de las tapas, en el exterior de la encuadernación, por cordones cruzados de pergamino, de cuero o de seda. La tapa central se prolonga sobre la segunda tapa por una parte libre que puede ser deslizada en una lazada, fijada en la primera tapa, cerrando así el volumen"³⁵. Se advierte que el objeto es particularmente cuidado y apto para soportar los muy numerosos manejos. Por otro lado, la encuadernación en sí misma es específica: "El becerro no está tenso sobre las tapas de madera, sino sobre el cartón o pergamino flexible. Casi siempre una solapa continúa la tapa inferior, cubriendo así, cuando el libro está cerrado, el canto de canal y la mitad derecha de la primera tapa"³⁶. Allí aún, la flexibilidad y la protección del registro garantizan su buena conservación. La decoración permanece sobria pero permite reconocer los encuadernadores que han trabajado. Los registros fabricados por Bruges en el siglo XV y XVI parecen haber sido obra de los encuadernadores flamencos que allí estaban instalados. Cuando la actividad comercial se desplaza hacia Anvers, a mediados del siglo XVI, son los encuadernadores franceses e italianos que, instalados en el lugar, dan un nuevo estilo a estos objetos sin por ello disminuir la calidad.

Evidentemente, no sucede lo mismo con los libros utilizados por los pequeños comerciantes y los pequeños artesanos que, sin embargo, desde fines del siglo XV, se preocupan por disponer de una contabilidad. Allí, son las hojas rápidamente cosidas en conjunto las que hacen el negocio. Es el caso, por ejemplo, de uno de los primeros libros de cuentas conservados para estos medios más populares. Perteneció a Maddalena Grattaroli, originaria de Bérgamo, quien tenía una tienda de embutidos en el Trastevere durante la primera mitad del siglo XVI. Armando Petrucci mostró en un artículo decisivo³⁷ cómo la imposibilidad de escribir –Maddalena es analfabeta- no impide inscribirse completamente en la cultura de la escritura por poco que se acepte delegar el uso de la pluma a quienes pueden hacer uso de ella. En la cartilla, no menos de doscientas personas

³⁴ Acerca de las formación de los mercaderes, ver Dominique Julia, "L'éducation des négociants français au XVIII siècle", *Cultures et formations négociantes dans l'Europe moderne*, París, Ediciones de l'EHESS, 1995, pp. 215-256.

³⁵ *La Comptabilité à travers les âges*, op.cit., p. 182.

³⁶ Ibid

³⁷ Armando Petrucci, "Scrittura, alfabetismo ed educazione grafica nella Roma del primo Cinquecento. Da un libretto di conti di Maddalena pizzicarola in Trastevere", *Scrittura e Civiltà*, 2, 1978, pp. 163-208.

de todas las categorías profesionales y sociales, escriben para Maddalena. El uso de la delegación de la escritura hace del espacio gráfico comerciante un lugar relativamente abierto, la ocasión de numerosos intercambios y una difusión no formal de las destrezas y de los saberes. Resumiendo, contrariamente a lo que los tratados podrían dejar ver por los consejos que prodigan, el mundo mercantil no está cerrado en una organización rígida y normada de sus prácticas de escritura.

Se puede reafirmar este punto de vista con el examen de otros libros, los de la enseñanza, que confirman este carácter poco constreñido de los soportes de escritura, en el mundo de los negociantes. Ellos permiten también comprender cómo el pasaje “natural” del libro de cuentas al diario familiar, luego al diario personal se apoya, en gran medida, en las continuidades que inducen las maneras de utilizar el papel y los registros.

Se trata de cuadernos (en el sentido universitario de clases tomadas bajo dictado o por copia) redactados por los alumnos de los maestros escritores³⁸ que tienen negocio en las grandes ciudades del reino a partir del siglo XV, pero cuyos únicos ejemplares conservados datan, en su mayoría, de los siglos XVII, XVIII y XIX. Una buena colección ha sido reunida en el Musée national de l'Éducation à Rouen³⁹. Existen numerosos ejemplares en los fondos de manuscritos antiguos de las bibliotecas municipales, en particular en el sur de Francia. Se trata de un curso de aritmética caligrafiada que responde siempre al mismo esquema: la definición de las cifras y de los números, las cuatro operaciones (o “reglas”) presentadas con los diferentes sistemas de medida, la regla de tres y la regla de reparto proporcional (divisiones proporcionales), los cálculos de aleación y algunos problemas simpáticos provenientes de la aritmética medieval.

Es interesante notar su estructura codicológica. La mayoría de los que han sido conservados para el siglo XVII y XVIII están escritos en gruesos registros in-folio (más raramente *in-quarto*) encuadernados en cuero o pergamino y no tienen como páginas en blanco más que aquellas situadas al final del último cuaderno. Han sido redactados sobre papel plegado en cuadernos y encuadernados luego. Por el contrario, muchos de los que han sido conservados para el siglo XIX están escritos en grandes registros, de los cuales numerosos cuadernos han permanecido vírgenes. Uno de ellos⁴⁰, redactado por un adolescente bajo la dirección de un maestro escritor de Marsella, ha sido utilizado más tarde como libro de razón (la nueva página lleva por título: Libro de razón comenzado por el señor Jean-Joseph Aubert el once de junio de 1825 en la Bastida des Jordans”) cuando el joven se hizo cargo del negocio familiar en una ciudad de Luberon. El escritor (*scripteur*) se contentó con dar vuelta el registro y abrir este nuevo espacio de escritura comenzando por la última página. Trabajó pues sobre un cuaderno ya confeccionado por un encuadernador, aun si éste no es todavía un producto industrial como lo encontraremos a partir del año 1830. Su libro de razón mezcla cuentas profesionales (heredó un negocio de productos agrícolas), cuentas

³⁸ Acerca de las corporaciones de maestros escritores, ver Jean Hébrard, “Des écritures exemplaires: l'art du maître écrivain en France entre XVIe et XVIIe siècle”, op. cit.

³⁹ Serge Chassagne, “Comment apprenait-on l'arithmétique sous l'Ancien Régime?”, *Mélanges Lebrun*, Rennes, Université de Rennes II, 1989.

⁴⁰) *Libro de razón* de Jean-Joseph Aubert (Collection Jeannine Germond).

familiares (pago de sueldos a criados, trabajos de refacción de la casa, etc.), acontecimientos remarcables (nacimiento de niños, enfermedades, vacunaciones, etc.), copias de actas notariales y anotaciones más personales. La organización del registro juega sobre dos sistemas de puesta en orden: la del libro diario utilizado por algunas rúbricas (cuentas de explotación de la propiedad en gastos e ingresos) y la del libro de razón en el sentido más moderno del término⁴¹ que reúne en una misma página una información temática (contratos de engorde, materiales comprados, copias de actas notariales, estado civil familiar, relevamiento de catastro, contribución a maestros **, etc.). En este último caso, cuando la página está completa, conviene encontrar una solución para evitar la solución de continuidad de la rúbrica sin perturbar el orden general del registro: se puede escribir entre líneas, en los márgenes y, cuando ya no es posible, volcar sobre la página vecina aunque esté consagrada a otro tema o abrir la misma rúbrica algunas páginas más lejos. Es verdad que con Jean-Joseph Aubert hemos llegado a los albores del siglo XIX y que la familiaridad de los múltiples actos escriturarios ya no concierne más solamente a algunos profesionales. En la vida cotidiana, es posible jugar con los usos codificados y acordar numerosas licencias para resolver los problemas de continuidad/discontinuidad de las anotaciones personales.

3.2 El orden de las escrituras en el mundo escolar: las lógicas del cuaderno

Los “cuadernos de aritmética-libros de razón” sugieren una continuidad directa de la escritura de aprendizaje a la escritura personal. Este fenómeno es sensible en tanto que la elaboración de un libro de razón (o su reanudación cuando se trata de un libro de familia) supone que el redactor ha adquirido la responsabilidad de la gestión de los negocios domésticos, que es entonces adulto. No puede más que acentuarse cuando, progresivamente, el ingreso en la escritura personal proviene de una aventura de adolescente.

Es necesario pues volver a este instrumento de la formación escolar que es el cuaderno para intentar reencontrar las formas susceptibles de prestarse a una transferencia hacia las prácticas de las escrituras personales. Recordemos lo que escribía Furetière a fines del siglo XVII: “Cuadernos (cayers) son también los escritos que los escolares escriben bajo la dirección de su maestro en filosofía, teología y en toda otra ciencia que se da en las escuelas. Un escolar debe representar sus cuadernos a su maestro para obtener una nota de su época de estudios”. En el espacio escolar no se escriben cuadernos (más bien “sobre cuadernos”) sino al final de los estudios, en el punto de unión entre el último curso del colegio (la filosofía) y los cursos de la universidad (teología, derecho, medicina). Además, estos objetos dan fe para certificar que el estudiante ha continuado sus estudios hasta su finalización, incluso cuando no haya todavía asumido sus grados como bachiller o como licenciado. Esto es confirmado por uno de los usos de la palabra hoja (*feuille*) dada por Furetière: “Se llama también hojas volantes a las hojas de papel que no están encuadernadas juntas, como a

⁴¹ Es el sentido dado por Littré: “Libro de extracto, o libro mayor o, a veces, libro de razón, libro donde se registran y clasifican los artículos del libro diario”

** Contribución de las familias a los ingresos de los maestros. En el original: *frais d'écolages*

aquellas en las que los escolares escriben su glosa”. El cuaderno está pues reservado a tomar el dictado del curso del profesor de los cursos más altas y no a los ejercicios característicos de los cursos inferiores (de gramática y quizá incluso de retórica). Una de las pocas investigaciones hechas sobre las copias de escolares del Antiguo Régimen (amplificaciones del curso de retórica) muestra que, en este caso también, los alumnos trabajaban sobre hojas separadas⁴².

Muchos cuadernos redactados en el siglo XVI, es decir en el momento donde se instaura un “modo” pedagógico propio en los colegios de las grandes congregaciones, han sido conservados: cuadernos de gramática, cuadernos de retórica, *thesaurus* de lugares comunes, etc. Uno entre ellos ha sido editado y comentado con gran cuidado por Jean-Claude Margolin⁴³. Es presentado como un pequeño registro (10 x 15 cm) de 62 folios (de los cuales uno virgen al final del último cuaderno) encuadernado en pergamino. Contiene dos partes: la primera (ff I a 49) es un curso de gramática ampliamente inspirado en la clásica gramática de Despautère, la segunda (ff 50 a 61) es una colección de sentencias que permiten imaginar, como veremos más adelante, que es el punto de partida de una colección de lugares comunes. Todo lleva a pensar que el estudiante ha trabajado sobre un espacio gráfico homogéneo ya constituido, un “cuaderno”, para anotar un curso dictado por el profesor. En el folio 47 v se inscribe además, en lo bajo de la página, un *Finis* que marca la última lección. Un arrepentimiento lo conduce a agregar dos páginas complementarias sobre el comparativo y el superlativo pero también, inmediatamente después, a multiplicar los signos de clausura: el *Pater* en italiano, una página sin escritura (la única de la colección) ocupada por un dibujo. Se puede imaginar que luego se sirvió de las páginas blancas del cuaderno para abrir un segundo espacio de escritura, muy diferente ya que constituye una serie de citas latinas simplemente precedidas de título: *SEQVNTUR QUIDAM AVTORES*. Esta segunda hoja del cuaderno no contiene cierre puesto que no es en sí misma una unidad textual sino un simple “bloc de notas” destinado a ser traspasado ulteriormente en otro espacio gráfico diferentemente estructurado.

El “cuaderno” puede resultar insuficiente para resolver los problemas de continuidad/discontinuidad del trabajo escolar o, lo mismo, del trabajo intelectual. Y la constitución de una colección de lugares comunes, tarea ordinaria de un estudiante del siglo XVI que ha terminado sus cursos de gramática, proporciona un ejemplo interesante. En efecto, pone en juego dos actos contradictorios: la puesta en memoria de sentencias (los lugares) tomadas de la sucesión de sus lecturas (y pues anotadas a medida que ellas se presentan); su organización según una lógica que permite reencontrarlas cuando el estudiante se transforma de lector en escritor y apoya su *elocutio* en este corpus de lengua e ideas. Francis Goyet⁴⁴ ha esclarecido esta cuestión mostrando cómo, en la universidad de Wittenberg, Melanchton enseña a sus estudiantes esta doble técnica. Los “lugares” particularmente interesantes (es decir reutilizables cuando el aprendiz de

⁴² Marie-Madeleine Compère et Dolorès Pralo-Julia, “Les exercices latins au collège de Lous-le-Grand vers 1720”, *Histoire de l'éducation*, 46, mayo 1990, pp. 5-51

⁴³ Jean-Claude Margolin, Jan Pendergrass, Marc Van der Poel, *Images et lieux de mémoire d'un étudiant du XVIe*, París, Ediciones de la Maisnie, 1991.

⁴⁴ Francis Goyet, *Le Sublime du “lieu commun”. L'invention réthorique dans l'Antiquité et la Renaissance*, París, Honoré Champion, 1996.

escritor pase del caso singular que examina al caso general, a la máxima o a la peroración) deben ser anotados, en el momento de la lectura, en pequeños cuadernos. En un segundo momento, estas sentencias son distribuidas en hojas cuyas entradas son las de los grandes capítulos de la teología, de la historia natural o del derecho, etc.⁴⁵. Suficientemente nutridas, estas hojas serán en seguida encuadernadas para constituir estos tesauros manuscritos que acompañan a los intelectuales del Renacimiento y de los cuales algunos han sido luego impresos. Para poner en orden el libro mayor del mundo y conformar su existencia a las máximas susceptibles de guiarla, la técnica de los lugares comunes impone pues soportes de escritura más complejos que el cuaderno o el registro.

3.3. La escritura escolar en el cruce de la imprenta y del manuscrito: los clásicos interlineados en las agendas

Otro tipo de trabajo escolar conduce a una sofisticación más grande aún: es el caso de las explicaciones de los textos latinos (*praelectio*) dados en la Universidad de París a comienzos del siglo XV, sobre los cuales Anthony Grafton llamó la atención de los investigadores a partir de 1981⁴⁶. Parece que el modelo fue forjado por Jérôme Aléandre⁴⁷, quien se instaló en la Montaña Sainte-Geneviève en 1508 para dictar cursos de latín, de griego y de hebreo. Consiste en hacer imprimir, para los estudiantes que tomarán el curso, el texto que será explicado según una disposición muy abierta: anchos márgenes (uso de grandes hojas para la impresión), texto interlineado. El estudiante sólo debe tomar notas sobre el mismo impreso, entre las líneas para anotar las observaciones propias del eje sintagmático de la lengua (sinónimos, traducciones eventuales), en los márgenes y sobre las páginas blancas para transcribir las construcciones difíciles o las explicaciones retóricas. El reciente artículo, magníficamente ilustrado, de Jean Letrouit⁴⁸ muestra que numerosos ejemplares de textos impresos y anotados conservados en la Biblioteca Nacional de Francia podrían revelar este uso tan particular. Se ve, en este caso, que la discontinuidad (notas de cursos, glosas) del trabajo didáctico no destruye la continuidad textual (aquí el texto de referencia) que conviene preservar. La oposición impreso/manuscrito maneja esta contradicción de manera magistral.

La articulación entre soporte impreso y escritura personal por otra parte no revela la única cultura gráfica de los colegios del siglo XVI. Con el “formulario”, las administraciones pronto se dotaron de dispositivos que permiten evitar la reproducción de los textos más recurrentes. Estos “impresos en blanco” se volvieron cada vez más numerosos y variados con el desarrollo de las administraciones provinciales en el siglo XVII, luego con la burocratización de la

⁴⁵ En el mismo momento, Erasmo sugiere atenerse al orden alfabético.

⁴⁶ Anthony Grafton, “Teacher, Text, and Pupil in the Renaissance Classroom: a Case Study from a Parisian College”, *History of Universities*, 1, 1981, pp. 37-70. Ver también, Ann Blair, “Ovidius Methodizatus: The Matamorphoses of Ovide in a Sixteenth-Century Paris Collège”, *History of Universities*, 9, 1990, pp. 72-118

⁴⁷ Jean Letrouit, “La prise de note de cours sur support imprimé dans les collèges parisiens au XVIe siècle”, *Revue de la Bibliothèque nationale de France*, 2, junio, 1999, pp. 47-56

⁴⁸ Op. cit

gestión pública de las personas a fines del siglo XVIII. Una colección de estos objetos ha sido reunida en los archivos departamentales del Gard por una asociación de investigadores que trabajan sobre este campo de experimentación de una administración próxima, durante los reinados de Luis XIV y Luis XV, a la región protestante de Cévennes⁴⁹. Aquí se encuentran comprobantes de concesiones, recibos de capitación o de tarja, expediciones de juicios por usurpación de títulos de nobleza (después de la cesación de 1667), certificados de salud o de salvoconducto (durante la epidemia de peste de 1720), órdenes de alojamiento para la tropa, nominaciones militares, procesos verbales de perjuicios ocasionados por las cosechas, formularios de rendición (durante la revuelta cevenola), inventarios de los niños recién convertidos que deberán ser recibidos en las escuelas católicas, minutas con declaración de los niños ausentes a misa dirigidas por los maestros de escuela al intendente de la provincia, proclamaciones de puesta en licitaciones públicas o bajo confiscación de bienes de los protestantes fugitivos, convocatorias delante tal o cual despacho del intendente encargado de los negocios cevenoleses⁵⁰, etc. Es interesante notar que las minutas pueden estar preparadas para cualquier escalón de la administración, comprendida la gestión de negocios muy locales, y que la proporción texto impreso/texto manuscrito puede ser extraordinariamente variable.

Otro tipo de uso manuscrito del impreso, también proveniente de la tradición de la formación de los clérigos, nos conducirá directamente hacia las escrituras personales. Se trata del almanaque. Una abundante bibliografía está actualmente disponible sobre este tipo de impreso que ha sido estudiado en numerosos países para períodos posteriores al siglo XVI hasta nuestros días⁵¹. Pocos de estos trabajos conciernen, lamentablemente, a las anotaciones llevadas por los usuarios sobre las páginas blancas inmediatas concebidas para este uso por los impresores⁵². El almanaque no nació, de hecho, con la invención de Gutenberg. Tiene un origen más antiguo: la primera atestación de la palabra –lat.med. *almanach*⁵³ - podría ser inglesa y nacida bajo la pluma de Roger Bacon en 1267⁵⁴. Es un objeto que da cuenta de las prácticas universitarias más tradicionales ya que permite reunir, cada año, todas las informaciones astronómicas necesarias para la elaboración del calendario litúrgico: fecha de las fiestas móviles calculadas⁵⁵ a partir de los ciclos solares y lunares, conjunciones del sol y de la luna, fechas de eclipses, etc. Forma parte de la formación básica de

⁴⁹ Lien des chercheurs cévenols, 50, marzo-abril 1983.

⁵⁰ Este documento es tanto más interesante pues lo encontramos en dos estados: uno manuscrito que reserva blancos (1698), el otro impreso (1705). El formulario por lo tanto no depende solamente de la prensa de impresión, puede ser también la obra del copista.

⁵¹ Señalemos simplemente el reciente coloquio (13-16 octubre 1999) organizado por Jean_Yves Mollier y el departamento de historia de la universidad de Versailles-Saint-Quentin-en-Yvelines (“Les almanachs populaires en Europe et dans les Amériques (XVIIe-XIXe siècles) cuyos actos darán la ocasión de una buena síntesis a escala de los dos continentes.

⁵² Citemos para Inglaterra, Eustace F. Bosanquet, “English Seventeenth Century Almanacks”, *The Library*, 4, X (1929-1930), pp. 361-397 y Élisabeth Bourcier, p. Cit.

⁵³ La palabra latina almanaque es una transcripción directa del árabe como lo recuerda el caso en el léxico de ciencias matemáticas y, en esta lengua, significa “calendario”.

⁵⁴ Élisabeth Bourcier, op. cit., pp. 25-26

⁵⁵ Este tipo de cálculo se designa con el término de cómputo

los estudiantes de derecho, de medicina y de teología y es utilizado por los astrónomos⁵⁶. No es sino en el siglo XVI que es ofrecido a un público más amplio, entre tanto alfabetizado, esta vez acompañado de pronósticos políticos o eventuales (epidemias, cometas, fenómenos raros, etc.). Mezclando numerosos códigos (escritura alfabética, escritura numérica, pictogramas, dibujos), pronto se convierte en uno de los impresos más difundidos porque es susceptible de variadas apropiaciones, cualquiera sea el grado de conocimiento de la escritura por parte del usuario.

Las superficies dejadas a la escritura manuscrita son de dos tipos: en el calendario mismo, a la derecha de la fecha y de las indicaciones astronómicas y astrológicas, una línea final es a menudo preservada; después de cada mes y al final de la obra, el impresor reserva páginas blancas⁵⁷. Un diarista inglés del siglo XVII, Thomas Crosfield, consagra muchas páginas de su diario a la lista de los almanaques publicados en el año 1638 y las clasifica según dispongan de páginas blancas (“*The several allmanaks of this year are either with blanks, as namely 1. Dove, 2. Pond, 3. Booker, 4. Allestree, 5. Langley, 6. . . .*”) o no (“*. . . without blanks as namely 1. Rivers, 2. Swallows, 3. Adkin, 4. Fallows, 5. Winter, 6. Clark, 7. Woodhouse, 8. Dade, 9. Knighth, 10. White, 11. . . .*”)⁵⁸. Manifiesta así el interés prestado por un usuario eventual a esta superficie de escritura. ¿Cómo estos espacios reservados son utilizados?

Una serie de almanaques anotados para los años 1587-1592 ha sido conservada en la biblioteca de la catedral de Cantorbéry. Perteneían a una persona mal identificada que habitaba probablemente en el Emmanuel College de Cambridge. Élisabeth Bourcier detalla su contenido: cuentas, sueldos de los empleados domésticos, fechas de asientos trimestrales, nacimientos, decesos, novedades de la vida del colegio, hechos políticos significativos como la muerte de María Tudor anotada en la fecha 8 de febrero de 1587 o, incluso, en julio 1588 la derrota de la Armada Invencible, citas (con el barbero el 29 de noviembre de 1591). No solamente las fechas, sino las horas son anotadas y explotadas en una perspectiva astrológica. El almanaque es pues un soporte extremadamente eficaz de la escritura-crónica que abre perspectivas interesantes sobre la escritura personal. En efecto, la cohesión de diferentes temporalidades que se manifiestan en él (tiempo astronómico, tiempo religioso, tiempo político, tiempo local, tiempo familiar, tiempo personal) está inmediatamente ligada a una apreciación del valor astrológico de los acontecimientos que sobrevienen. Sin duda alguna, a medida que el almanaque se torna un objeto más popular (como, por ejemplo, con los editores troyanos de la biblioteca azul en el siglo XVII y XVIII en Francia), la oportunidad de acciones humanas no es más calculada por su usuario sino directamente dada por el impresor frente a las fechas sucesivas de la semana y del mes bajo la forma de pequeños símbolos cuya significación es cada vez recordada (“feliz sangrar”, “feliz sembrar y plantar”, “feliz destetar a los niños”, etc.). Pero la posibilidad de dar su parecer sobre el tiempo que pasa y sobre los

⁵⁶ Francesco Maiello, *Storia del calendario. La misurazione del tempo, 1450-1800*, Torino, Einaudi, 1994.

⁵⁷ Este segundo dispositivo es menos frecuente

⁵⁸ Élisabeth Bourcier, op. cit., p. 26.

acontecimientos que sobrevienen se inscribe ya en este soporte y lleva el germen de toda la escritura íntima. No es sorprendente que el texto considerado por Élisabeth Bourcier como el “primer diario auténtico” de la tradición diarista inglesa –el diario del astrólogo John Dee- haya sido redactado sobre almanaques⁵⁹. Utiliza en el comienzo el espacio blanco dejado frente a cada día sobre el calendario luego, progresivamente invade los márgenes y la página cuando anotaciones rápidas u horóscopos de los primeros años, pasan, a partir de 1577, a verdaderos textos.

Del almanaque a la agenda, no hay más que un paso que es rápidamente franqueado en el siglo XIX cuando este soporte se hace más corriente⁶⁰. Sin embargo, restringiendo la superficie de escritura disponible, esta libreta de pequeño tamaño se adapta más fácilmente al diario-crónica que al diario personal. Es pues sobre otros tipos de soporte que este último se desarrolla, dejando a la agenda el cuidado de recoger las anotaciones que se superponen a las citas y a las diferentes obligaciones.

Se percibe ahora cómo la escritura escolar, en sus formas más avanzadas, no solamente ha sabido dominar los espacios de escritura organizados en codex, sino que ha sabido también insertarlos en los dispositivos particularmente sutiles. Lo que es cierto para el siglo XVI en los colegios y totalmente cierto para el siglo XIX en las escuelas primarias. Es, en efecto, a partir del año 1850, que los alumnos de los medios populares que los frecuentan descubren el arte de redactar textos y la manera de disponerlos en sus cuadernos según las disposiciones particularmente normadas⁶¹. Así, la escuela ha podido ser (y es aún) el lugar de un aprendizaje sutil de gestos gráficos elementales que prepara para las escrituras personales más variadas. Los etnólogos⁶² que, estos últimos años, han escrutado las escrituras personales adolescentes mostraron que el pasaje de la toma de notas de lectura al diario era una forma frecuente de la entrada en escritura cotidiana para numerosos diaristas encarnizados y que la mezcla manuscrito/impreso podía ser otra manera de pensar el diario íntimo⁶³. Muchos diarios personales, relatos de vida, crónicas no utilizan hoy otros soportes más que los soportes escolares y, en cierta forma, prolongan así las escrituras de la escuela.

⁵⁹ Fue descubierto en el siglo XIX en la biblioteca del Ashmolean Museum en Oxford (*The Private Diary of Dr. John Dee*, ed. by J. O. Halliwell, Camden Society, 1842, 1, XIX).

⁶⁰ Lodovica Braidà, “Dall’almanacco all’agenda. Lo spazio per le osservazioni del lettore nelle “guide del tempo” italiane (XVIII-XIX secolo)”, *ACME. Annali della facoltà de lettere e filosofia dell’università degli studi di Milano*, 57, 3, sett.-dec. 1998, pp. 137-167.

⁶¹ Jean Hébrard, “Lo spazio grafico del quaderno scolastico in Francia tra Otto et Novecento”, *Scritture bambine. Testi infantili tra passato e presente*, a cura di Quinto Antonelli e Egle Becchi, ius. Laterza & Figli, 1995, pp. 145-175 o, en una versión abreviada: “The Grafic Space of the School Exercise Books in France in the 19th-20th century”, *Writing Development. An interdisciplinaty view*, ed. by Clotilde Pontecorvo, Amsterdam/Philadelphia, John Benjamins Publishing Company, 1997, pp. 174-189.

⁶² Es el caso de Daniel Fabre a propósito de los pequeños pastores (“Le berger des signes”, *Écritures ordinaires*, op. cit., pp. 29-313)

⁶³ Ver Dominique Blanc, “Correspondances. La raison graphique de quelques lycéennes”, *Écritures ordinaires*, op. cit., pp. 95-115.

El cuaderno se ha tornado en el siglo XIX, es verdad, un objeto de los más comunes de nuestra vida cotidiana y ha relegado los registros de contabilidad del lado de los objetos técnicos, además de un costo mucho más elevado. Fue necesario para esto que la producción de papel mecánico disminuyera considerablemente el precio de la materia prima⁶⁴ y que la confección industrial sustituyera a las costosas encuadernaciones artesanales o a las frágiles costuras domésticas. La aparición de sistemas de encuadernación a bajo precio en las oficinas de fotocopias, junto a la extrema facilidad de uso de los programas de procesamiento de texto está quizá por modificar este estado de hecho y poner fin al extenso reinado del cuaderno. Si éste fuera el caso, el regreso de la hoja como soporte de las escrituras personales no sería sin embargo confundido con el renacimiento de las antiguas prácticas del escriba pues, esta vez, es como soporte de una escritura electrónica (teclado, procesador de texto, impresoras a chorro de tinta o impresoras láser) que la hoja⁶⁵ reconquista la escritura de sí.

Conclusión

No es sino progresivamente y por olas sucesivas que las prácticas profesionales o escolares de la escritura se difunden en el cuerpo social siguiendo las líneas de inclinación de una alfabetización más o menos completa, más o menos institucionalizada. Cada vez, ellas alcanzan grupos sociales, comunidades, individuos singulares situados un poco más lejos de los modos más formales de la cultura letrada, de las técnicas mercantiles o administrativas. Cada una de estas etapas es la ocasión de reformas más o menos profundas de los modos de organización de las escrituras, desde su trazado mismo (las cursivas nacen siempre de estas mutaciones) hasta los tipos de textualidad que ellas engendran (el diario íntimo es una de las formas más originales). Es también la ocasión de apropiarse de los instrumentos y de los soportes que, en los gestos vueltos comunes y cotidianos, escapan a las coacciones materiales codificadas de las diversas culturas de la escritura.

Parece que fueron necesarios siglos y siglos de trabajo paciente para que la hoja y el cuaderno se volvieran objetos disponibles, es decir percibidos como suficientemente neutros para poder ser utilizados por no profesionales (“hombres sin calidad”) para usos no previstos. No fueron siempre tan fácilmente manipulables. Por el contrario, lo esencial de su historia ha sido la de estructuraciones complejas, especializaciones sutiles, normalizaciones reivindicadas. Con hojas y cuadernos, las cortes de escribas inventaron espacios escriturarios susceptibles de resolver la contradicción esencial de la escritura, su pretensión de dar a ver de una sola mirada lo que la voz dispersa. La unidad del mundo (física, política, económica), su coherencia, su organización, su perennidad se instalaron en las páginas de los rollos y los codex copiados en el scriptorium o en las chancillerías, como en los libros de cuentas de las oficinas del gran

⁶⁴ Louis André, op.cit.

⁶⁵ La pantalla parece hoy no ser sino un soporte provisorio de las escrituras informáticas, comprendidas allí cuando circulan por Internet. El acoplamiento de la computadora a la impresora permanece aún una configuración obligada de las escrituras personales.

comercio. Destreza transmitida por oír decir y ver hacer, el arte del escriba como el arte del tenedor de libros borraron la necesaria discontinuidad del trabajo humano para no dejar, sobre la página, sobre el registro, en la biblioteca más que la ilusión de un mundo pleno y coherente, definitivamente ofrecido a la mirada y a la inteligencia.

Es la complejidad de estos espacios librados a la escritura que, de una manera paradójica, parece haber liberado el uso. La hoja, el cuaderno, se han vuelto tanto más accesibles de lo que habían sido al principio forzados por los usos sofisticados. Si se alcanza a ver en el libro diario el orden que el libro de razón podía introducir, a reencontrar en el libro de razón la sucesión de trabajos y de días, entonces el espacio gráfico se vuelve perfectamente límpido. Si se puede, sin riesgo de perderse, mezclar en un mismo texto el pasivo y el activo de las acciones, si se sabe en una escritura de partidas dobles jugar la multiplicidad de puntos de vista que se puede tomar en la propia vida, entonces el cuaderno se torna un soporte familiar, apto para doblegarse a todas las exigencias de las escrituras personales. Este soporte excepcional que la escuela ha contribuido a inventar en el tiempo en el que aún formaba clérigos, que el mundo de los mercaderes había doblegado a sus exigencias contables, se ha vuelto, en el transcurso del siglo XIX, el espacio gráfico más banal y más común que sea. La escuela, la del pueblo, ha contribuido ampliamente. Los escritores ordinarios también pusieron empeño en ello.